



CARDENAL RUBÉN SALAZAR GÓMEZ
ARZOBISPO DE BOGOTÁ Y PRIMADO DE COLOMBIA

**CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO,
CARDENAL RUBÉN SALAZAR GÓMEZ.
A LOS FIELES DE LA ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ**

con ocasión de la cuaresma y pascua de 2020

Muy queridos hermanos:

Me dirijo a todos ustedes con inmenso cariño, como padre y pastor de esta porción de la Iglesia que peregrina en la ciudad-región de Bogotá. Lo hago movido por la urgencia de la situación de salud que no solo nos plantea grandes desafíos desde el punto de vista de las condiciones públicas que atravesamos sino que para nosotros -hijos del Padre misericordioso, discípulos misioneros del Señor Jesucristo y templos del Espíritu Santo- es una ocasión providencial para crecer en la fe, la esperanza y la caridad y descubrir o recuperar valores de nuestra condición de cristianos, miembros de la Iglesia, en el contexto de la Cuaresma, preparación para la Pascua.

La situación

Hoy, miércoles 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Encarnación del Señor a la Virgen María, al despuntar el día, todos los habitantes de Colombia hemos entrado en un confinamiento estricto con el fin de detener la marcha acelerada de contagios del virus Covid 19, aparecida hace pocos días y que ha adquirido ya un crecimiento exponencial. Las proyecciones son de verdad alarmantes. Si no tomamos las medidas que nos están exigiendo las autoridades nacionales y locales, pronto estaríamos en una emergencia de incalculable dimensión que cobraría un número muy considerable de víctimas fatales, además de miles y miles de enfermos graves y de molestias inmanejables, cuyas consecuencias todavía desconocemos.

Esta situación es totalmente nueva para nosotros. Es la primera vez en la historia del país que tenemos que enfrentar un confinamiento personal y colectivo que paraliza al país y que tendrá graves repercusiones en la vida de cada uno de los colombianos, en la economía personal, grupal y nacional, en la forma de vivir nuestra historia, de relacionarnos los unos con los otros, con las instituciones, con las autoridades. Nuestra vida, sin duda, cambiará. No seremos los mismos porque habremos vivido una experiencia única.

Nos sentimos inquietos, inseguros, temerosos, angustiados, deprimidos, casi desesperados; se nos habla de la precariedad de nuestro sistema de salud para enfrentar la emergencia, se nos predicen los daños incalculables en la economía, se nos plantean retos cuyo alcance desconocemos; corremos a aprovisionarnos cuanto podemos para que no nos falte nada, acaparamos, nos encerramos dentro de nuestras

necesidades con un sentir profundamente egoísta. O, por el contrario, tomamos las noticias a la ligera, no nos interesan, nos hablan de algo que no nos atañe aunque pueda implicar a los demás, lo importante es seguir con nuestra vida, con nuestra manera de divertirnos, de pasarla bien; no nos incumben las medidas preventivas, las ignoramos, definitivamente no nos importa lo que está pasando; seguimos sumergidos en nuestro mundo de las redes sociales y de nuestras fantasías.

Invitación a una mirada de fe

Lo que estamos viviendo, sin embargo, no es extraño a nuestra vida de fe. Aún más, no lo podemos vivir sin una mirada inspirada en nuestra fe en el amor misericordioso del Padre que se nos ha manifestado en su Hijo Jesucristo para librarnos del pecado y de la muerte y darnos su Espíritu de vida y de amor.

Dios se manifiesta cada día por medio de la historia, de los acontecimientos personales y de la comunidad en que vivimos. Desde el momento mismo de la creación del universo, la historia con sus coordenadas de tiempo y espacio son el ámbito en el cual Dios actúa para realizar su designio de amor respecto de la humanidad. La larga historia del Pueblo de Israel desde Abrahán, nuestro padre en la fe, pasando por los patriarcas, los reyes, los profetas y los sabios, que culmina en la manifestación de Dios Padre en la encarnación, muerte y resurrección de su Hijo, se convirtió en la historia paradigmática de la actuación salvadora de Dios, a cuya luz hay que leer toda otra historia: la historia de los pueblos pero también la historia de las familias, de las personas. Abrir los ojos y descubrir esa actuación del Señor en la historia actual, en la historia personal, es poder comprender cómo toda historia es, en el sentido más profundo, historia de salvación. A esta lectura de fe nos invita hoy el Señor.

A lo largo de la historia, la humanidad y, en concreto, el pueblo de Dios ha tenido que enfrentar la realidad del mal en sus múltiples manifestaciones, pero al mismo tiempo experimentar la intervención salvadora de Dios.

En las primeras páginas del Génesis (Gn 3-11) aparece toda la crudeza del pecado que se hace maldición en fratricidio, venganza, fragmentación, dispersión. Pero, al mismo tiempo, esas páginas nos muestran cómo Dios interviene bendiciendo y haciendo que los bendecidos (Abrahán y su descendencia) se hagan bendición para todas las naciones de la tierra (Gn 12,1-7). La bendición del Señor es más fuerte que la maldición del pecado. Y esa bendición se hizo realidad plena en Jesucristo, el Salvador de la humanidad: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga vida eterna." (Jn 3,16). Para nosotros los creyente, a la luz de ese amor transformador, el mal, como expresión del pecado que engendra la muerte, no es la última palabra porque Dios está presente, porque Dios actúa, porque Dios salva en cada una de las vicisitudes de la vida de la humanidad y de cada una de las personas. La palabra definitiva es la palabra del amor misericordioso del Señor que libera, consuela, sana, fortalece, ilumina, guía. "En el

mundo encontrarán dificultades y tendrán que sufrir, pero no teman, yo he vencido al mundo." (Jn 16,33).

La humanidad y, en ella de manera especial, la Iglesia ha sabido enfrentarse a las calamidades. Estas son inherentes a la fragilidad creatural del universo, pero casi siempre también provocadas y potenciadas por el pecado humano. Las catástrofes naturales, especialmente las grandes epidemias, han jalonado la historia y conocemos bien lo que significan nombres como "la peste negra", "la gripa española", "la gripa aviar", para mencionar solo algunos. Hoy nos enfrentamos a la pandemia del COVID 19. Cada epidemia ha tenido sus características propias, la que hoy vivimos se distingue por su altísima capacidad de contagio valiéndose de las condiciones más sencillas de la vida ordinaria. Pero, tenemos la certeza de que así como hemos superado aquellas epidemias podremos superar hoy la que nos amenaza y acorrarla y la Iglesia encontrará, como en cada una de las situaciones vividas en el pasado, la luz y la fuerza que necesita para poder estar presente, ayudar, consolar, fortalecer a los que sufren.

En la espiritualidad bíblica, las catástrofes son voz de Dios que se manifiesta para que el ser humano reconozca su creaturalidad, su fragilidad esencial, su morbilidad y mortalidad porque el pecado lleva al corazón humano a creerse autosuficiente, omnipotente, invencible, y caer en toda clase de injusticia y de violencia. Dios hace oír su voz para que sus creaturas enderecen el camino al reconocer sus límites, su interdependencia entre sí y su dependencia del Creador, para que descubran que las realidades de este mundo no son las definitivas porque perecen y desaparecen de un momento a otro. Dios hace oír su voz para que la humanidad toda y, en ella, cada uno de los seres humanos emprenda el camino de una profunda conversión, conversión al Creador, conversión a los hermanos, conversión a la creación en la cual ha sido puesto como una creatura más. Dios hace oír su voz para que la humanidad revise su manera de vivir, de pensar, de actuar, revise sus valores, sus criterios, sus metas, sus realizaciones. Sin embargo, la humanidad no está dispuesta a escuchar esa voz misteriosa del Señor. Para los profetas, la verdadera tragedia consiste en no escuchar esa voz del Señor, en seguir empecinados en nuestros pecados, en mantener modos de vivir y de actuar que destruyen la creación y que causan profundo daño al ser humano, como lo expresa, por ejemplo, el profeta Amós (4, 6-11).

Las catástrofes -en nuestro caso, la pandemia del Covid 19- no son, por lo tanto, un "castigo de Dios" sino, al contrario, una muestra de su cuidado por la humanidad, un signo claro de su misericordia, que lo llevan a intervenir para que la humanidad abandone el camino que la lleva a la perdición y encuentre los caminos que conducen a la vida.

Hoy, por lo tanto, lejos de llenarnos de miedo, de pánico, de desesperación frente a la pandemia, debemos más bien llenarnos de coraje, de clara determinación, de valentía, de todos aquellos valores que nos permitirán hacer frente con tino y acierto al desafío que se nos presenta y sacar de la situación dolorosa que vivimos las

lecciones que necesitamos para que nuestro mundo sea un mundo mejor, un mundo de justicia integral, de fraternidad, de solidaridad, de paz completa.

Invitación a una conversión integral

Nosotros, los discípulos misioneros de Jesucristo, estamos invitados a oír la voz del Dios misericordioso que nos habla, que nos amonesta, que nos invita a esa conversión total a la que la Iglesia nos llama especialmente en este tiempo de Cuaresma como preparación para la celebración solemne de la Pascua del Señor, para que asumamos con plena conciencia y valentía la misión que Él nos ha encomendado de ser “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5,13ss) y podamos llevar en esta situación de desconcierto generalizado consuelo y esperanza a nuestros hermanos.

Entrar en nosotros mismos

Esa conversión empieza en cada uno de nosotros, en su interior, en su corazón. El Señor ha creado a cada persona con una identidad propia, con una individualidad indestructible, con una interioridad inviolable. Por ello, cada uno debe asumir la realidad que nos plantea la pandemia y el confinamiento como un desafío personal que debe ser vivido en lo profundo de su corazón.

La realidad a la que me enfrento es inédita: Voy a estar confinado, privado de mi vida ordinaria de trabajo, de recreación, de socialización. Estaré sin duda con algunas personas más, pero, si no asumo mi realidad personal, no podré contribuir a que vivamos con los demás de manera saludable el confinamiento al que se nos llama.

Mi vida está generalmente llena de ruidos de múltiple naturaleza, pero especialmente los ruidos del entorno que me invaden y me impiden entrar en mi interior, en mi corazón, en lo íntimo de mi ser, allí donde se juega el sentido de mi existencia. La primera conversión que el Señor me pide es la conversión al silencio, silencio exterior, silencio interior. Acallar poco a poco todas aquellas voces que me hablan sin cesar: la voz de las redes sociales, de los medios de comunicación, de mis pasiones, de mis deseos inalcanzados, de mis preocupaciones de diversa índole, de mis miedos, de mis angustias, en fin, de todo aquello que me viene del exterior o de mi propio corazón y que generalmente no soy capaz de analizar, de discernir allí lo bueno de lo malo, lo útil de lo nocivo, lo verdadero de lo falso.

Silencio, que a medida que voy entrando en él, se va haciendo más sereno, más dulce, más transparente, y que empieza poco a poco a permitirme escuchar mi propia voz en la cual es Dios mismo el que me habla. Silencio, que me va purificando, limpiando, dándome la libertad que anhelo, propiciando ese encuentro con el Señor que me ama, me cuida, me perdona, me sana, me consuela, me guía. Entonces, podré volver a mirar mi vida con sus aciertos, sus logros, sus realizaciones, y también con sus fracasos, sus mentiras, sus incoherencias. Podré revisar los valores que sustentan mi vida: mi vida de cada día, mi vida de familia, mi vida profesional, mi vida de

diversión, de descanso. Y empezaré entonces a discernir los grandes cambios que debo alcanzar a la luz de las convicciones que van naciendo en mi corazón, inspiradas por la palabra del Señor que he aprendido a escuchar, con la fuerza de los sacramentos y con la inserción en la comunidad eclesial.

No permitamos que el confinamiento se nos convierta en un ruido pavoroso que nos aturda más, que nos llene de confusión y de incertidumbre. Hagamos silencio. Silencio interior. Silencio en el que Dios habla y nos salva.

Salir hacia los demás

La mayoría de nosotros no vive solo. Conformamos una familia que hoy, con los profundos cambios del mundo actual, ha adquirido múltiples formas. Allí estamos necesariamente relacionados, los unos junto a los otros, pero es una cercanía que tantas veces se convierte en causa de roces y enfrentamientos que desembocan no rara vez, por desgracia, en injusticias y violencias inimaginables. Quiero invitarlos hoy a que, como fruto de ese silencio interior que cada uno de nosotros ha alcanzado al entrar en sí mismo, fortalezcamos nuestras familias, fortalezcamos los vínculos que nos unen a todos los que vivimos bajo un mismo techo.

Y lo primero es redescubrir la inviolable dignidad de cada uno de los miembros de la familia. A veces, sin darnos cuenta, catalogamos a unos como más dignos que otros. Hay desigualdades que se expresan de múltiples maneras, hay también inequidades. Redescubrir esa igualdad inviolable que nace de la dignidad esencial es el primer paso para que podamos mantener relaciones más humanas, más respetuosas, con gran capacidad de aceptación de las diferencias, de las particularidades de cada uno. Y, sobre todo, con la necesidad imperiosa de saber perdonar, de lograr la reconciliación, de superar las dificultades y problemas para construir la paz en la familia. Aún más, para ir creciendo en el cuidado de los unos por los otros, con cariño, con ternura, con muestras claras de un amor real que nos lleva a compartir lo que somos, tenemos, podemos, y a preocuparnos de manera especial por los más débiles.

En este panorama, los niños y los ancianos adquieren una especial importancia y nos exigen un cuidado particular. Los niños porque son el futuro, de ellos dependerá la suerte de nuestra sociedad el día de mañana; los ancianos porque son lo que, con la sabiduría acumulada de tantas vivencias en el pasado, iluminan nuestro presente y nos transmiten esa sabiduría que solo se puede adquirir con el correr de los años. Niños y ancianos no son cargas; son, por el contrario, el gran tesoro que el Señor nos ha regalado.

Una dimensión de la vida familiar que por los afanes del mundo moderno se ha perdido es sin duda la dimensión de la familia como "iglesia doméstica", es decir, como la célula fundamental de la Iglesia, como la gran trasmisora de la fe, como aquella en cuyo seno se debe vivir día a día la presencia misericordiosa del Señor. La situación presente nos ofrece la gran oportunidad de volver a compartir nuestra fe, a orar en común, a aprovechar los subsidios que se nos han enviado para que podamos crecer juntos en la fe, en la esperanza, en el amor. Los invito a aprovechar esta oportunidad con alegría y a prolongar luego en la vida ordinaria la experiencia vivida

en estos momentos de excepción. Recordemos: "Familia que reza unida permanece unida."

Sin embargo, la familia no puede permanecer encerrada en sí misma sino que es parte del conjunto más amplio de la sociedad. El mundo de hoy tiende a aislarnos, a hacernos indiferentes e impasibles frente a los grandes problemas que viven nuestra ciudad, nuestro patria, la humanidad entera. La conversión que el Señor nos pide nos lleva también a acrecentar nuestra conciencia de interdependencia, de nuestra tarea de aportar a la construcción del mundo en que vivimos. Mal haríamos si, con ocasión de esta pandemia y con el enclaustramiento que estamos viviendo, tratáramos de ignorar el dolor de los contagiados, la tragedia de las familias en cuyo seno se dan las muertes, el trabajo heroico de los hospitales, de los servidores de la salud, y, sobre todo, el drama desgarrador que están viviendo tantas personas que no tienen ninguna fuente de ingresos, que en estos días estarán expuestas al hambre y a la desesperación. No es fácil pero sí imperioso el que nos solidaricemos efectivamente con el sufrimiento que en estos días se multiplica y que encontremos los caminos concretos para ayudar. Aquí se nos ofrece una oportunidad de oro para romper nuestro egoísmo y recuperar nuestra conciencia de que todos somos corresponsables de todos y que tenemos siempre que ayudarnos con generosidad para hacer de este mundo un mundo justo y en paz.

Esa solidaridad requerida debe cimentarse en la oración personal y familiar por los demás, especialmente por los más desprotegidos. La oración de intercesión es desde las primeras páginas de la Biblia un medio privilegiado de expresar el amor y la preocupación por la situación que viven las personas, las comunidades, la humanidad y de obtener la intervención salvadora del Señor. Intercedió Abrahán, intercedieron David y Salomón por su pueblo, intercedieron los profetas, y, cuando llegó la plenitud de los tiempos, la oración del Señor en su pasión fue aquella que reconcilió definitivamente al pueblo pecador con su Dios. Nosotros, con nuestra propia oración de intercesión, alcanzamos del Señor la lluvia de sus bendiciones sobre toda la humanidad. Esa dimensión de la oración debe estar siempre presente en nuestra vida de fe.

Vivir en Iglesia

Ante las medidas de protección frente a la propagación vertiginosa del virus, me vi, como arzobispo y responsable de la vida de esta porción de la Iglesia, en la necesidad de suspender todas las manifestaciones de vivencia pública de la fe. Lo hice con profundo dolor en el alma pero muy consciente de que esta situación excepcional exigía medidas también excepcionales. El santo padre Francisco nos ha dado ejemplo e instrucciones claras de cómo vivir nuestra fe en estos momentos en que no podemos reunirnos en asamblea litúrgica para celebrar los misterios de nuestra fe y en la que todos los procesos de evangelización que requieren presencia comunitaria ya no son posibles. No ha sido fácil. Sin embargo, el Señor nos ofrece en estas circunstancias una oportunidad para redescubrir el verdadero sentido de nuestra relación con el

Señor y con los demás al llevarnos a sentir hambre de aquello que tenemos siempre a nuestra disposición y que generalmente no vivimos con la intensidad y el sentido requeridos.

El Señor ha sido grande con nosotros y nos permite vivir “virtualmente” esas manifestaciones y celebraciones de nuestra fe, especialmente de la Eucaristía. Los obispos y los sacerdotes seguimos celebrándola todos los días. Las redes sociales nos han permitido unirnos en esa celebración para sentir que somos una sola Iglesia en la que vivimos una profunda comunión de fe que celebramos con profunda alegría para orar de una manera especial los unos por los otros y acrecentar nuestra comunión en el Señor por la fuerza del Espíritu.

La celebración del Triduo Pascual en el contexto de la Semana Santa ha sido siempre para nosotros una ocasión de encuentro multitudinario que ha fortalecido especialmente nuestra fe. Este año tendremos que vivirla de manera diferente: como para la celebración dominical y diaria de la Eucaristía, los medios de comunicación y las redes sociales nos han dado la oportunidad de unirnos sin estar reunidos, ahora también tenemos esta oportunidad. No tendremos las procesiones ni las celebraciones solemnes en la catedral y en los templos parroquiales, pero, en familia, en nuestra casa, podemos unirnos a la Iglesia universal que celebra el misterio central de nuestra salvación: la pasión, muerte y resurrección del Señor. Pido al Señor que ese despojo de toda manifestación comunitaria de la celebración pascual redunde en enriquecimiento personal y familiar de nuestra vida de fe.

Si estamos privados de las celebraciones comunitarias, no estamos, sin embargo, privados de vivir intensamente el fin salvífico de esas celebraciones en la interioridad de nuestro corazón y de nuestra familia. La Iglesia nos regala cada año la posibilidad de redescubrir nuestra identidad de hijos de Dios, discípulos misioneros del Señor Jesucristo y templos del Espíritu Santo, con la renovación de las promesas bautismales que hacemos solemnemente en la vigilia pascual del sábado santo en la noche y en las celebraciones eucarísticas del domingo de Pascua. La cuaresma nos permite, en un verdadero itinerario de escucha de la Palabra de Dios y de oración y de privaciones voluntarias para compartir con los más pobres y necesitados, ir redescubriendo esa nuestra profunda identidad cristiana para reafirmarla con plena conciencia en la celebración de la Pascua, cuyo sentido salvífico se nos va abriendo poco a poco durante el tiempo pascual que culmina en la fiesta de Pentecostés. De toda esta riqueza no nos podemos privar. La participación virtual en las celebraciones -que tendrán la plena solemnidad que exige su sentido- nos permitirá recibir en nosotros toda la fuerza salvífica del misterio que se hace presente en la liturgia de esos días santos.

Una mención especial merece el sacramento de la reconciliación (confesión). La Iglesia nos pide que, al menos una vez al año por este tiempo de Cuaresma y de Pascua, nos acerquemos a recibir sacramentalmente el perdón de los pecados. Este año, con la situación excepcional que estamos viviendo, no va a ser posible cumplir con este precepto. Sin embargo, estamos invitados a entrar profundamente en ese

itinerario de discernimiento de nuestros pecados, de reconocimiento de la maldad que contienen, de arrepentimiento por el mal que hemos causado, de deseo sincero de reparación de las consecuencias dañinas que producen. La confesión de boca quedará para cuando sea posible. Pero tal vez esta sea la ocasión para tomar conciencia de lo que implica el sacramento de la reconciliación con todos sus pasos como proceso de purificación, de conversión, de reconciliación con Dios, de transformación de nuestra existencia. El Señor nos quiere conducir a redescubrir cómo ese sacramento -que para tantos ha perdido vigencia- es el signo y el instrumento por el cual Dios quiere derramar sobre nosotros su misericordia y su perdón por la mediación de la Iglesia y así apartarnos de todo lo que nos separa de Dios y de los demás e integrarnos más profunda e íntimamente en el seno de la comunidad eclesial para, desde ella, participar más activamente en la construcción de una sociedad en justicia y paz.

¿Y la comunión? Hemos sentido siempre que la comunión sacramental es la culminación de la participación en la Eucaristía y que, sin ella, no hay una celebración integral ya que el Señor nos invita a comer su cuerpo entregado y a beber su sangre derramada para entrar en comunión con su muerte y resurrección y recibir la vida en nosotros. Confinados en nuestras casas, no podemos acercarnos a comulgar. Pero, estoy convencido de que esa privación nos llevará a anhelar más ardientemente comulgar con el Señor, unirnos más íntimamente a Él, recibir toda su luz y su fuerza. Nos hará conscientes de que necesitamos ese alimento para nuestro caminar a lo largo de nuestra existencia hasta el encuentro definitivo con Él y nos permitirá, cuando podamos volver a comulgar sacramentalmente, vivir con plena entrega y alegría ese encuentro único con el Señor.

Conclusión

“Sabemos que todo contribuye al bien de los que Dios ama, de los que Él ha llamado según su designio de salvación... porque nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Rom 8, 28.39)” Estas palabras de san Pablo en la Carta a los Romanos nos sitúan en el núcleo de la problemática que estamos viviendo. En esta crisis, el Señor nos está mostrando su amor misericordioso al permitirnos experimentar nuestra fragilidad, nuestra nada, y al llamarnos a que volvamos a Él con un corazón arrepentido para que Él pueda derramar en nuestros corazones su Espíritu que nos hace capaces de amar, de vivir como hijos de Dios y hermanos los unos de los otros. El sufrimiento por el que atravesamos nos une más profundamente a un Dios que asumió todo el dolor de la humanidad en la muerte de su Hijo y lo transformó en fuente de vida, de alegría y de paz.

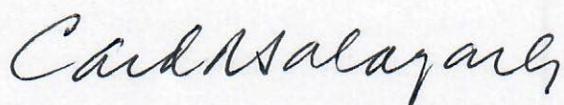
Depende de nosotros, de nuestra disponibilidad, de nuestra capacidad de discernimiento, de nuestro compromiso de renovación, de nuestras decisiones de fraternidad y solidaridad para con todos; depende del cuidado que tengamos para con cada uno de nosotros, acatando las normas sanitarias, obedeciendo las disposiciones de las autoridades nacionales y locales; depende de nuestro sentido de

corresponsabilidad sabiendo que al cuidarme a mí mismo estoy cuidando a todos. Así saldremos fortalecidos de esta prueba dolorosa. Y esto es posible si entramos dentro de nosotros mismos, si hacemos silencio, si aprendemos a escuchar la voz del Señor, si miramos a los demás con ojos nuevos de amor y solidaridad, si vivimos nuestros compromisos de fe experimentando su fuerza salvadora, si caminamos cada trozo de nuestro caminar movidos por una esperanza que nos ilumina y fortalece.

Al terminar esta carta, quiero asegurarles mi oración permanente por cada uno de ustedes: por los sacerdotes para que se fortalezcan -aun en la soledad de la imposibilidad de ejercer el ministerio- en el afecto pastoral por su grey, en el servicio generoso de cada día, en la disposición de entregar la totalidad de su amor y de su vida al servicio de la Iglesia; por los consagrados para que su vida sea cada día más un testimonio contundente del amor sin límites del Señor por su pueblo; por los matrimonios para que crezcan en su entrega mutua y sean fuente de amor permanente para sus hijos; por las familias para que al estar juntas se robustezcan los lazos de amor y de solidaridad que las unen; por los niños para que crezcan en "edad, sabiduría y gracia"; por los ancianos para que caminen con alegría al encuentro definitivo con el Señor y sigan prodigando su sabiduría a las nuevas generaciones; por los médicos y todo el personal al servicio de la salud para que tengan la fuerza, la valentía y la constancia necesarias para hacer frente a esta emergencia; por los enfermos para que el Señor los consuele, fortalezca y sane; por los muertos para que el Señor los reciba en su Reino; por los pobres para que encuentren en las instituciones y en nosotros la solidaridad que necesitan; por los gobiernos para que puedan guiar a sus pueblos por los caminos de la recuperación y encontrar las medidas necesarias para superar esta crisis. Oro por todos y cada uno. El Señor nos dé su amor misericordioso.

Esta carta pastoral ve la luz el día en que la Santísima Virgen María dio su consentimiento al anuncio del Ángel de que sería la madre del Salvador. Ella nos enseña a escuchar la Palabra de Dios, a adherirnos a su designio de salvación, a asumir con valentía ser instrumento en las manos del Señor. La imploramos como a nuestra Madre y le suplicamos interceda por nosotros.

El Señor los bendiga y los guarde;
el Señor les muestre su rostro y les tenga misericordia;
el Señor les conceda su amor y su paz. Amén



Cardenal Rubén Salazar Gómez, Arzobispo de Bogotá

Bogotá, en la Fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 2020